



## **31 de octubre**

**Relato: Marco Brunengo**

**Ilustración: Matu Santamaría**

Mientras unos amigos suyos proponían hacer una fiesta para la noche de Halloween surgió, cómo no, la gran discusión... que es una fiesta ajena... que no es propia de nuestra cultura... que patatín que patatán, y como cabía esperar, el tema desvió en creo o no creo en esoterismos, fantasmas, muertos y toda esa batería de ideas alejadas de la ciencia.

Esmeralda, que cargaba con la cruz de semejante nombre por la emoción que había causado a su madre la versión Disney de *El jorobado de Notre Dame*, veía como su novio Pablo se afanaba en justificar su férrea postura lógica frente a sus amigos, un poco más abiertos a los mitos.

Tan acalorada se puso la discusión, que llegado un momento debió mediar para que no perdiera los papeles nada menos que con su mejor amigo, con quien se conocían desde muy niños.

Más cervezas, algún beso, y, por qué, no alguna mirada asesina y el tema se disolvió, aunque no por completo, y siguió revoloteando el resto de la noche.

Eso no impidió que consiguieran ponerse de acuerdo y la noche indicada hubiera fiesta de disfraces.

Las bromas siguieron entre dientes y Pablo no dejó pasar oportunidad para burlarse de su amigo, quien consideraba que la muerte era una entidad con voluntad propia que observaba nuestras vidas y nos esperaba a la vuelta de cada esquina.

El día de la fiesta de disfraces, un apocalíptico zombie Pablo se montó en su cochazo y previo pasar por la casa de su amigo, el hombre lobo, tomó la carretera en dirección a la fiesta que los convocaba en la casa de campo de su novia.

El almanaque lunar les jugó una mala pasada y para ser noche de brujas, la luna llena brillaba por su ausencia, aunque lo más correcto sería decir justo lo contrario... no brillaba por su ausencia.

Todo estaba completamente oscuro más allá de los faros del coche, que a toda velocidad circulaba por una carretera que parecía olvidada.

Para entonces, Esmeralda llevaba varias horas en la casa rural de sus padres preparando y decorando para que todo fuera una noche mágica.

Pablo y su amigo viajaban evocando la conversación de aquel día cuando, una mujer se pudo ver a unos quinientos metros por delante.

—¡La muerta de la curva!

Bromeó Pablo mientras giraba sin bajar la velocidad. Evidentemente la muerta de la curva no podía ser por varias razones, las dos más importantes es que no existen... ni la muerta, ni la curva, por lo que al

girar se salió de la carretera y estampó el coche contra un enorme olmo centenario.

Con la consciencia limitada, Pablo abrió los ojos y vio cómo su amigo, que hasta poco antes estaba caracterizado de hombre lobo, ahora parecía más la comida de uno de ellos. Destrozado entre pedazos del salpicadero y el asiento, se revolvía con un quejido gutural y burbujeante, para pocos segundos después quedar inmóvil y definitivamente muerto.

A pesar de la gravedad, su estado de semiconsciencia no le permitía reaccionar, ni tan siquiera abandonarse a la desesperación. Sentía un tremendo pesar en su cabeza y por algún motivo el olor del aceite mecánico era lo único que realmente le molestaba. Pudo notar cómo una gota cálida y espesa descendía desde su frente y se le colaba por la comisura de los labios.

Estaba completamente inmovilizado y sin ninguna vocación por revertir esa situación.

En algún momento dentro de esa confusión, su amigo se volvió hacia él y lo miró con tristeza.

—Pablo, ¿qué ha pasado?

Entonces el entorno se iluminó y su amigo, poniéndose de pie, salió del amasijo retorcido que era por entonces el coche y se marchó con un grupito de gente que se reía y hablaba con él como si le conocieran desde siempre y que no había notado que estuviera allí.

Le sorprendió que no le ayudaran a salir también a él, sobre todo su amigo, que ni había hecho un esfuerzo en mirar hacia atrás.

Estaba un poco aturdido y la confusión le había vuelto irritable.

—Qué... ¿te quieres ir con ellos?

Alguien hablaba pero no se daba cuenta quién, la luz ya no iluminaba el coche y el cuerpo destrozado de su amigo estaba a su lado aún.

—¿A que preferirías irte con ellos?, sé sincero, ya no hace falta disimular.

A su lado, en un espacio que no existía, alguien con una enorme sonrisa estaba sentado, o mejor dicho sentada:, era una mujer alta, delgada y vestida de fiesta. Era evidentemente hermosa, maquillada con un toque lúgubre pero con una perfección exquisita y un *tatoo* que evocaba a los de *heavy metal* destacaba en uno de sus brazos. Tenía un perfume muy agradable y murmuraba una canción mientras estaba a su lado, gesticulando con la mirada y sin dejar desvanecer el gesto amigable de sus expresiones.

Viendo que Pablo no respondía, la joven volvió a hablarle.

—¿Qué pasa, por qué no les sigues?

—No puedo me duele todo, y estoy atrapado, además mi amigo sigue aquí, no lo entiendo.

—Eso no es tu amigo, es lo que ha dejado, él se fue.

—¿Quién eres?

—Para ti nadie, no crees en mí... será que no existo.

—Me duele, qué pasa, yo...

El aturdimiento de Pablo aumentó y lo único que pudo hacer fue desatar un llanto ahogado y pueril.

—Ahora lloras, qué te guardas entonces para lo que te queda.

—¿Eres el demonio?

—¿El demonio?... La demonio en tal caso, y no, ya quisiera esa tener este tipazo, yo soy la muerte, tu nunca has creído ni en Dios ni en la demonio, así que ellos no creen en ti, por eso nadie ha venido a recogerte, nadie de ninguno de los dos bandos.

La confusión de Pablo se hizo aún mayor si cabía.

—¿Y qué va a ser de mí ahora?

—A mí qué me cuentas, mi trabajo es quitarte de en medio de los vivos y ya he cumplido, ahora me voy, que tengo prisa.

—¿Pero qué hago?, ¡no me dejes aquí!

—Es tu problema.

—Por favor.

—¿Qué puedes hacer por mí?, ¿por qué iba yo a querer ayudarte?

—No me dejes, dime qué puedes querer que haga, pero no me dejes aquí.

—¿Qué tal se te da escribir?

—Bastante bien, pero... ¿qué tiene que ver?

—Te propongo lo siguiente, yo necesito llenar mi lista de gente a la que robar del mundo de los vivos y tengo algunas personas que me ayudan a confeccionar mis listas, no puedo ir escogiendo nombres al azar, especialmente en fechas como estás en que todo el mundo está muy sensible, si eres capaz de atraer gente hacia mí durante veinte años, yo te ayudaré a salir del coche.

—¿Atraerlos, cómo?

—Escribe historias, historias de miedo por ejemplo, no hace falta que sean buenas, ni siquiera que tengan final, basta que haya gente que las lea enteras, debajo escribe el número 450, es la cantidad de personas que necesito que atraigas cada día, del resto me encargo yo, por supuesto la gente no leerá ese número, solo el número de personas que faltan una vez que ellas hayan sido incluidas en mi lista.

**Todo el contenido de este sitio web está sujeto a derechos de propiedad intelectual.**

**Está prohibida su utilización en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los autores.**

**Copyright MoonMagazine.info © Todos los derechos reservados.**